

Domingo XX del TO Ciclo B



18 de agosto de 2024

Prov 9, 1-6

Sal 33

Ef 5, 15-20

Jn 6, 51-58

P. Eduardo Suanzes, msps

Al «enfrentarme» a este evangelio me siento abrumado por lo denso del mismo y no sé qué punto de él penetrar, profundizar, orar: todo está unido entre sí: podemos empezar por el principio y llegar al final del relato, o podemos empezar por el final del mismo y llegaremos a lo que se dice al inicio, porque no hay resquicio, las sentencias pronunciadas por Jesús se explican unas con otras; y lo que dice en segundo lugar, por ejemplo, es consecuencia de lo que ha dicho antes; pero, a la vez, lo que dice antes es consecuencia de lo que dice después...

Comencemos, por una de las ideas del relato, porque da igual, llegaremos, estoy seguro, a las demás. Es aquella en la que Jesús nos habla de su inhabitación en nuestros corazones. En efecto, él dice: *«el que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre, que me ha enviado, posee la vida y yo vivo por él, así también el que me come vivirá por mí»*. El comer el cuerpo de Jesús, el beber su sangre, la eucaristía, es para la inhabitación; es decir, que la presencia real de Cristo en la eucaristía **tiene como fin asegurar la presencia real de él en nuestro corazón** por la inhabitación. Pero es que, además, Jesús dice que por la inhabitación viviremos por él con la misma calidad (si se puede decir así), del mismo modo, **como él vive por el Padre**.

¿Y cómo es que Jesús vive por el Padre? Dice que porque el Padre posee la vida y por eso él vive por él. Sabemos que el Espíritu Santo es el Espíritu Creador, el Espíritu de la Vida. En el relato de la creación, el Espíritu sobrevolaba el caos de las aguas iniciales¹ y fue cuando Dios pronunció su Verbo, su Palabra y todo fue creado. Por el Espíritu la fecundidad del Padre encarnó su Verbo, su Palabra en el seno de una virgen y el Verbo se hizo carne². Recordemos cómo el Espíritu Santo es la *«fuente de agua que salta para la vida eterna»*³, como Jesús le explica a la samaritana. Con su muerte, de reconciliación del mundo con el Padre, Jesús entrega *«su Espíritu»*⁴, por eso era necesario que él se fuera: *«Es necesario que yo me vaya, porque si no me voy no podrán recibir al Consolador»*. Dirá Pablo a los Romanos que *«la ley del Espíritu de vida en Jesús nos ha librado del pecado y de la muerte»*⁵. Por tanto, Jesús vive por el Espíritu en el Padre, y viceversa. Lo que Jesús, pues, nos dice es que el que come su cuerpo y bebe su sangre vive por el Espíritu en él, y viceversa, de mismo modo como él vive por el Padre y no de un modo parecido: del mismo modo.

Por eso es que la consecuencia inevitable de recibir la eucaristía, es decir, de comer y beber la carne y la sangre de Cristo es la vida: *«si no come mi carne y beben mi sangre no podrán tener*

¹ Cfr. Gen 1, 1-3

² Cfr. Jn 1, 14: *«Y el Verbo se hizo carne»*

³ Jn 4,14; 7,38-39

⁴ Jn 19, 30

⁵ Rom 8,2

vida en ustedes». Esa vida de la que habla Jesús es la misma vida de Dios, que es el Espíritu Santo, en el que come y bebe. Esta vida consiste en la participación de su misma vida divina, de suerte que el que lo come y bebe tiene acceso al Padre, como dirá Pablo a los Efesios: *«por medio de él tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu»*⁶

Inhabitación Trinitaria, misma vida de Dios en el Espíritu Santo, las fuentes de aguas que saltan para la vida eterna en aquel que come y bebe su carne y su sangre...Pero hay otra realidad que no es tan evidente que subyace en el texto que es necesario descubrirla, profundizar en ella, y no podemos dejarla escapar. Se trata de lo siguiente.

En la Biblia, «cuerpo» no indica solo lo que significa para nosotros, no es un componente o parte del hombre, que unidas a las otras dos, alma y espíritu⁷, forman al ser humano completo. En el lenguaje bíblico, y por tanto en el lenguaje de Jesús y en el de Pablo, «*cuerpo*» designa al hombre entero, al hombre en su totalidad y unidad; designa al hombre en cuanto que vive su vida en un cuerpo, en una condición corpórea y mortal. ***Por eso es que Juan, en su evangelio, en lugar de la palabra «cuerpo», emplea la palabra «carne»*** y es evidente que esta palabra que se utiliza en su capítulo primero «el Verbo se hizo carne» tiene el mismo significado. Por tanto, cuando Jesús dice que *«este pan vivo es su carne para que el mundo tenga vida»*, está hablando de toda su vida, desde la encarnación hasta el último instante, con todo lo que concretamente había llenado esa vida: silencio, sudores, fatigas, oración, luchas, humillaciones...Por tanto, en la eucaristía subyace la idea de ***encarnación, de identificación con ella.***

Pero también dice *«el que bebe mi sangre...»* ¿Qué añade con la palabra «sangre», si con la «carne» ya nos ha dado toda su vida? ¡Añade la muerte! Después de habernos dado la vida, nos da también la parte más preciosa de esta: su muerte. El término «sangre» en la Biblia no indica una parte del cuerpo, es decir, no se refiere a una parte del hombre; ***este término indica más bien un acontecimiento: la muerte.*** Si la sangre es la sede de la vida (esto es lo que se creía entonces), el beberla indica que se ha «derramado» y es el signo plástico de la muerte. Al beber su sangre nos apropiamos por la fe de la entrega por amor del sacrificio de Cristo. Por tanto, en la eucaristía subyace también la idea de ***redención, de identificación con ella.***

Pero también al comer y beber la carne y la sangre de Jesús en nosotros se derrama la misma vida de él, la misma vida de Dios que se hace patente en la resurrección de Jesús. En ella se manifiesta el triunfo de la vida sobre la muerte y el cristiano recibe esa potencia creadora que es vida divina en su corazón. Por tanto, en la eucaristía subyace también la idea de ***glorificación, de resurrección, de identificación con ella.***

Encarnación, redención y glorificación, los tres grandes misterios de Jesús que, al comulgar, asociamos a nuestra realidad para que se vea transformada, nada más y nada menos que en él.

⁶ Ef 2,18

⁷ ...según la concepción griega adoptada por Pablo